

# VEINTIDOS LECCIONES APRENDIDAS EN CHINA

Por Enrique Posada Cano

(Especial para el Observatorio Virtual Asia Pacífico)

Invito al lector a devolverse conmigo en el tiempo hasta mediados de los años 60 del siglo pasado cuando el planeta Tierra se dividía en dos mitades: una llamada mundo comunista, liderado por la Unión Soviética, y en el lado opuesto, el bloque capitalista encabezado por Estados Unidos. Llegué a China cuando contaba poco más de veinticinco años de edad. El último embajador de Estados Unidos en China, Leighton Stuart<sup>1</sup>, hizo maletas y se despidió de Beijing dos meses antes de la proclamación de la República Popular China hace sesenta años y, siguiéndole los pasos, otro tanto hicieron los representantes diplomáticos del Occidente de Europa, América Latina, Japón y diferentes países del continente africano. El contacto de China con el mundo quedó limitado al espacio entre sus fronteras y el oriente europeo. Pero en febrero de 1966, cuando, como cabeza de una familia de cuatro, arribé a Beijing a trabajar como especialista de la lengua castellana, el cerco de China ya no solamente comprendía el tajo del planeta entre Occidente y la gran muralla, sino que hacia el norte, el imperio soviético también la constreñía.

Pudimos presenciar, en cambio, durante varios años más, una escena que le hizo dar un brinco a nuestro corazón la primera vez que la presenciamos: eran unos carruajes de dos ruedas tirados por caballos, provistos de tanques de aluminio que en algún tiempo debieron ser verdes y que en las esquinas de los callejones y avenidas de los barrios recogían de las alcantarillas el detritus humano. Era una faena realizada diariamente por el cochero y su ayudante en las diversas localidades de la capital. Con ojos abismados por el espectáculo, le pedimos una explicación a Ricardo Samper, un colombiano que se nos adelantó cerca de

---

dos años en la incursión en China, y éste nos respondió: “No te asombres de nada de lo que veas aquí, esto es lo que en la agencia de noticias *Xinhua* los correctores de estilo disfrazamos con el término de ‘abono orgánico’. China es todavía muy pobre, pero aquí nadie duerme en las calles, y el hecho de que alguien no tenga las tres comidas del día es equiparable a una vergüenza nacional. Lo que sí te confieso es que si me tocara ganarme la vida como recolector de excrementos, preferiría sentarme a esperar la muerte sentado en un bloque de hielo”.

Al llegar a Beijing me propuse superar mi atraso en el conocimiento de la historia de esa nación, conducido de la mano por veinte traductores chinos, los mejores del país, a los que tuve como compañeros de equipo en la tarea de la versión al castellano de las Obras Escogidas de Mao Zedong. Fue así como me enteré de la historia de atropellos de los ingleses a China: primera y segunda guerras del Opio. Y de los alemanes, franceses, rusos, italianos, austríacos, estadounidenses y japoneses detrás de aquéllos. Una infamia tras otra. Fue cuando los occidentales endilgaron a los chinos el calificativo de ‘los enfermos de Asia’. ¿Habría motivo para sorprenderse de la serie de intervenciones, ultrajes y destrucciones perpetradas por ocho potencias contra China cuando se lee en Friederich Hegel, un encumbrado representante de la filosofía occidental, que China nunca tuvo historia ni poseía sentido del orgullo nacional?<sup>2</sup>

Cuando Hegel soltó esa perla literaria, faltaba casi un siglo y medio para que nacieran Joseph Needham, autor del libro ‘Science and Civilization in China’ y Robert Temple, autor de ‘Genius of China’, quienes identificaron y describieron los varios centenares de inventos que llevan el sello ‘creado en China’, pero aquél sí tenía que saber que esta raza era la descubridora de la imprenta, la brújula, la escritura y la pólvora. Suficiente para reconocer la inteligencia de un pueblo.

Una vez expresado lo anterior, puedo manifestar que la **primera lección** en mi convivencia de diecisiete años con los chinos fue su capacidad de supervivencia. Supervivencia no solamente frente a la amenaza externa sino también, y sobre todo, frente a la escasez. Una escasez de todo, dictada por las cifras de una población que en todas las épocas ha sido mayoritaria en el mundo. La llamada explosión demográfica china hace que, por más grandes

---

<sup>2</sup> The Immobile Empire: The first great collision of East and West-the atonishing history of britains, Alain Peyrefitte, October 1992. Knopf Doubleday Publishing Group.

que sean las cifras del producto interno bruto, su ingreso per cápita esté predestinado a ser apenas el de un país de desarrollo intermedio.

Y fueron justamente las penurias, la escasez, la pobreza, toda la lista de humillaciones imaginables las que gravaron en piedra, en el transcurso de los siglos, esa ética china, una categoría tan singular que no puede parangonarse con lo que en Occidente conocemos con idéntico nombre, pues una y otra cosa obedecen a realidades distintas. Ésta fue la **segunda lección** de mi vida en China.

La **tercera lección** tiene que ver con la noción del tiempo, que, al tratar de encontrarle una equivalencia en nuestra propia percepción cronológica, no le hallamos a este desfase una explicación distinta a la dislocación entre la percepción de las cosas de un pueblo cuya dimensión de la historia se da en términos de milenios y la de otro en el que aquella se mide en siglos. Esa presencia en el mundo tan prolongada tiene que marcar a los chinos con una impronta demasiado particular.

El plan de largo plazo constituye para los chinos el norte de su futuro, del trabajo y del desarrollo nacional. Cuando, ya en tiempos de la apertura, trabajé con el equipo la versión castellana de 28 poemas de Mao durante dos años, debatiendo a veces durante varias semanas el significado de un solo verso, entendí que con los chinos no cabe el término intemporalidad sino que esa manera suya de moverse en el cuadrante horario habría que denominarla con la palabra atemporalidad.

La **cuarta enseñanza** tiene que ver con algo que he dado en llamar la relatividad del pensamiento, la cual, a diferencia de la relatividad einsteniana, no se proyecta en el plano de la relación tiempo-espacio sino en el de la mente. Ella procede seguramente de la dialéctica del *ying* y el *yang*. Aprendí, de mi directa relación con ellos, que nada de lo humano es definitivo y que a los mismos principios los atraviesan las circunstancias, con la excepción sin duda de algo que para ellos asume la categoría de inamovible: la soberanía de China sobre Taiwán. Por lo demás, en este tramo largo de mi relación con los chinos he aprendido que son pocos los nacionales que como ellos, exhibiendo una rigidez aparente, son más dúctiles, más dados a la conciliación y a la negociación. Mediando determinadas condiciones, un NO de un chino que parecía definitivo puede convertirse en un SÍ de un día al siguiente. Es más fácil que la negación se convierta en afirmación y no al contrario.

Para mi cuarta estadía en China (1991-1995), yo condicioné mi vuelta a laborar en Beijing a que mi entidad de trabajo, el Buró Central de Publicaciones y Traducciones del Consejo de Estado, aceptara que yo me alojara en su complejo residencial, ubicado en el Callejón *Fenzi* (de Los Fideos), a dos cuabras del Palacio Imperial. China se hallaba en pleno desarrollo de la política de reformas y apertura, y en la oficina emprendíamos la tarea de traducir los Textos Selectos de Deng Xiaoping.

Después de largos años habitando en recintos para extranjeros, sabíamos que vivir a la china era como aprender otra vez a vivir. Yo sabía que me esperaban restricciones y dificultades, pero me seducía el reto de moverme sin intérpretes, enfrentando con mis propias fuerzas y mi conocimiento del idioma las contingencias de cada día. En nuestra primera jornada china, la compañera de trabajo Xue Feng nos llevó a mi esposa y a mí (a los hijos, por razones de estudio, habíamos tenido que dejarlos en Colombia) a un local rectangular en el primer piso donde quedaba el comedor. Nos indicó la estantería de *lockers* en madera donde se guardaban los tazones y los palillos después de que cada usuario los lavaba en una alberca comunitaria, y nos condujo a la caja, donde compramos con *renminbi* los cupones necesarios para los alimentos de una semana. Eran apenas las 12 meridiano y ya había una larga fila delante de las mesas dispensadoras provistas con grandes ollas de arroz y bandejas con verduras y viandas. Traductores de una veintena de idiomas que iban delante de nosotros nos ofrecieron sus puestos, pero amablemente rechazamos el gesto. Sabíamos que la existencia que iniciábamos ese día no podía incluir los privilegios de las tres etapas anteriores. Esta **quinta lección** es la que podría denominar como la del aprendizaje de la modestia dentro del modo de vida chino.

Mi **sexto aprendizaje** de los chinos se relaciona con el anterior y se presenta en el mismo escenario del comedor comunitario, donde empecé a ver cómo un porcentaje importante de los comensales llenaban sus tazones con todo cuanto les cabía y, sin sentarse a la mesa, iban comiendo mientras caminaban, buscando llegar rápidamente a un lugar en sus respectivas oficinas para tenderse a hacer la siesta en un sofá o dos escritorios que juntaban para ese efecto. Esta faceta podríamos describirla diciendo que los chinos, a pesar de las hambrunas del pasado, atribuyen más importancia al sueño que a los alimentos.

En algún momento del año 1994, el gobierno determinó rebajar la semana laboral de 48 horas a 40, suprimiendo el trabajo del día sábado. El sábado siguiente a esa decisión, tuve

que ir a la oficina por unos documentos, pero cuando llegué allí encontré, para mi sorpresa, a todos los colegas chinos delante de sus escritorios. Les pregunté por qué estaban allí y me respondieron que se sentían demasiado aburridos gozando del ocio hogareño. Entendí entonces que para los chinos el trabajo es algo más que una manera de ganarse la existencia, es una razón de ser. Esta es la **séptima enseñanza** y, al mismo tiempo, uno de los argumentos que explican la competitividad china.

**Octava enseñanza.** No me gustó nada leer en un refranero chino esta sentencia: “Cuando el huésped se aleja el té se enfría” y así se lo manifesté a un colega. “No tomes esas cosas tan en serio -me dijo- Eso depende de si tanto huésped como anfitrión permiten que el té se enfríe. La amistad, al igual que la fuerza del caballo, se mide en la larga travesía”. Me impresionaron estas declaraciones y he comprobado su exactitud a lo largo del tiempo. Uno llega a China por primera vez, y lo llaman ‘amigo’, pero si regresa y se queda, los chinos lo ubican en la categoría de ‘viejo amigo’.

La clasificación de ‘viejo amigo’ tiene otras subdivisiones que se relacionan con la época y con el grado de compromiso de los extranjeros. Están, en primer lugar, los heroicos, aquellos que en las duras épocas de guerras libertarias de los años 40 del siglo pasado lucharon hombro a hombro con los chinos, ejemplo: el médico canadiense Norman Bethune. Vienen, en segundo término, ‘los históricos’, cuyo accionar se inscribe entre el período de Yenán, la capital de la revolución, y los inicios de la construcción socialista. Y están, por último, los ‘viejos amigos’ sin más arandelas, pero tan importantes que en la memoria china estamos inscritos como los que fuimos allí a dar nuestro aporte a la ‘construcción del socialismo’. Fue éste el **noveno aprendizaje**.

Viene, en **décimo lugar**, la edad. Otra vez el tiempo. Pocas cosas como ésta son tan definitivas para ellos. Y más en el caso de las mujeres, cuyo aspecto cambia radicalmente después de los 35 años de edad: ya no se recogían el pelo formando trenzas sino moña, no volvían a usar vestidos de colores sino que en éstos predominaban el gris y el negro.

Me sorprendió que, habiendo arribado apenas a los cuarenta años de edad, al final de mi tercera permanencia en Beijing los chinos dejaron de llamarme ‘Pequeño En (En por Enrique)’ y comenzaron a tratarme como ‘Viejo En’.

Sin embargo, la ‘edad avanzada’, como los chinos designan a la vejez, no significa para ellos solamente la llegada al final del camino con un derecho a retiro por jubilación, sino también

experiencia acumulada y respetabilidad. Los abuelos son toda una institución dentro de la sociedad china.

**Undécima:** La apariencia es tan importante como la esencia constituye un concepto que, aunque no lo he hallado expresado en su forma literal, se demuestra en ejemplos de una realidad tan cruel como lo es la antigua costumbre de ligar los pies de las mujeres para que no les crecieran y así ajustarlas al modelo de la belleza impuesta a ellas por los machos confucianistas, con la única excepción de la emperatriz.

**Duodécima.** La letra escrita tiene una autoridad superior a la palabra hablada, podría ser otra regla allí. Es el respeto por el texto puesto en blanco y negro, una sacralidad para combatir la cual Mao Zedong se vio precisado a escribir el artículo titulado ‘Contra el culto a los libros’.

**Décimo tercera.** A mi amigo Fidel Duque no pude responderle de inmediato cuando hace apenas tres años me preguntó qué clase de pensamiento era, en mi opinión, el de los chinos. Nunca antes me lo había cuestionado, aunque registraba en ellos percepciones y conclusiones en las que no veía el racionalismo de los franceses, ni el positivismo kantiano, ni la empiromagia de los africanos, tampoco el animismo de los hindúes. Una casuística, en cambio, un apego al azar, la contingencia casi como un paradigma. Pero este era un tema que no me había desvelado hasta el momento en que Duque me asaltó con él. Fue entonces cuando di con la escritura de grafismos como la raíz de su pensamiento. Un pensamiento simbólico, concluí: algo más debe haber en esa ideografía que se despliega por medio de dibujos convertidos en caracteres significantes que hicieron expresar a Pablo Picasso: “¿cómo quisiera haber nacido chino para dibujar mientras escribo”. Y yo agregaría: para pensar en símbolos.

**Décimo cuarta.** ‘Perder la cara’ es a simple vista una frase más del lenguaje cotidiano de los chinos, pero su significado es profundo, casi como si cara fuera sinónimo de alma. Tal vez lo más cercano a su significado en castellano sea ‘caer en vergüenza’. Se recurre a este giro cada vez que alguien queda en ridículo al ser pillado cometiendo un engaño o revelando una profunda ignorancia como cuando en la inauguración de los Juegos Olímpicos de 2008 algunos medios de comunicación occidentales comenzaron a pregonar que obedecía a montajes de computador todo el espectáculo de representación de la historia de la nación para realizar el cual los chinos utilizaron la corpografía, una antigua técnica compartida por

ellos con los coreanos. A sus ojos, la CNN y sus semejantes ‘perdieron la cara’ al lanzar tal despropósito, así continuaran al día siguiente sus emisiones sin manifestar al menos una excusa.

**Décimo quinta** lección. Creo que nada como la inteligencia despierta en los chinos mayor admiración, y no sólo la inteligencia humana sino también la de los animales. En la obra clásica ‘Viaje a Occidente’ el rey mono Sun Wukong<sup>3</sup> es el protagonista con sus artes y mañas mezcladas, sin una línea ética que las desmarque. Pasan sin censura determinadas argucias con tal que sean fruto del ingenio.

**Décimo sexta.** De una sabiduría popular y legendaria procede la ciencia militar de Sun Wudzi. Y de allí aprende uno a incorporar a su bagaje pensante una serie de principios como el de ‘conoce al adversario, concóctete a ti mismo y tendrás la batalla ganada’ o este otro que aconseja ‘no emprender una batalla sin tener la seguridad de ganarla’.

No cabrían en el espacio de un artículo como éste las enseñanzas que me dejó China, pero no resisto la tentación de registrar algunas más: la **número diecisiete** es la que me lleva, como en un flash back al año 1976, año del terremoto más catastrófico en el término de un siglo, cuando alojado con mi esposa y mi hijo menor bajo una carpa militar, corregí la revista ‘China Reconstruye’, en cuya edición los chinos perseveraban a pesar de la desgracia. O **la 18**, que se refiere a un cruce del semáforo en rojo que cometí saliendo de la Calle Xidan hacia la avenida *Tian Anmen*. Un policía de tránsito me detuvo cien metros más adelante, frente al monumental retrato de Mao. Me pidió documentos y me despidió con una frase de reconvención. Me alejé del sitio con la impresión de que esa infracción no sería castigada con un comparendo. Grave equivocación, pues unos días después en mi Buró algunos colegas me llevaron de la mano para que leyera, registrada en una cartelera sobre un muro, la notificación de mi infracción con nombre, apellidos y número de placa. Hubiera preferido mil veces pagar una multa en efectivo. **La 19**: imaginaba yo que, por esa larga experiencia de guerras y revoluciones, los chinos cargaban con una buena dosis de agresividad en la existencia diaria. La reacción que tuve, sin embargo, de un ciclista que se me atravesó obligándome a frenar en un cruce de vías, que fue la de contestar con una sonrisa a la de mi puño crispado, me convenció de que no son reactivos de la misma manera que nosotros. La enseñanza **número 20** tiene que ver con una encefalitis que atacó a nuestro hijo mayor unos

---

<sup>3</sup> [http://es.wikipedia.org/wiki/Sun\\_Wukong](http://es.wikipedia.org/wiki/Sun_Wukong)

meses después de nuestro primer arribo a China. Hubo una enfermera a la que bauticé ‘El Ángel’ porque se dedicó con tal espíritu de entrega a aplicar hielo en el occipital del niño que nunca supe si en el curso de dos semanas que aquél estuvo al borde de la muerte ella volvió alguna vez a su casa. **Número 21**, está fue una lección contraria: la que el hijo menor frustró a una maestra de la escuela primaria donde lo matriculamos cuando aquélla, para formar a los pequeños dentro de la experiencia del ‘pasado amargo y el dulce presente en el socialismo’ les hacía comer tortas de maíz, que aún en los peores momentos ha sido un alimento para cerdos en China. El niño probó la torta y, al sentirla gustosa, levantó la mano para pedir una más. Yo diría, además, como la lección **número 22**, que es una visión occidental aquello de que los chinos son colectivistas. Fue por algo que, en uno de sus primeros artículos, Mao Zedong comparó a los chinos con arena suelta. Él amalgamó esas arenas en un solo haz, pero yo siempre he puesto en duda esto del comunismo chino, pues he conocido pocos seres en el mundo tan amantes del buen comer y el buen beber.

Y al cabo de los años 70 del siglo pasado llega otro líder, Deng Xiaoping, y reinventa la historia con aquella sencilla ecuación de ‘un país, dos sistemas’, un instrumento con el cual saluda el regreso de un Hong Kong ultra-capitalista al seno de una patria socialista todavía arcana, subdesarrollada pero en pleno proceso de despegue. Es esa mucho más que una frase, una teoría valiéndose de la cual en otros lugares de la Tierra facciones en conflicto utilizan para acceder a procesos de paz.

Detengámonos aquí, no sea que saliéndonos de cauce en cuanto a la interpretación de cómo piensan y sienten los coterráneos de Confucio, lleguemos a infringir esa fórmula requisitoria del respeto a esa nación que alguien, no sé si chino o extranjero, expuso de la siguiente manera: “Hay extranjeros que llegan a China y después de dos semanas de permanencia escriben un libro de doscientas páginas; hay otros que habiendo permanecido en el país una década sólo escriben un ensayo, y hay quienes más al cabo de una permanencia de treinta o cuarenta años, no escriben ni una línea”.

¡Aprendí tantas cosas!, enseñanzas no solamente de los chinos, sino también de extranjeros que visitaron ese país. De Jean Paul Sartre me marcó esta frase: ‘Uno ya no es el mismo después de haber estado en China’. Esa huella la he registrado yendo allí, volviendo a Colombia, regresando a Beijing dos, tres y numerosas veces más.

Bogotá, 2010

